

04 Cuarta Reunión

El Sacramento de la Reconciliación como Fuente de Vida para un Militante



1- Oración inicial en el Santuario.

(Se puede cantar algo o poner música, leer el Evangelio del domingo que siga, peticiones, agradecimientos, canto inicial y final consagración a la Mater).

2- Comencemos con un Video

<https://www.youtube.com/watch?v=spudANZzX6A>

(Un sacerdote español diocesano, Javier Martínez, explica muy claramente en 14 minutos lo esencial de este sacramento)

3- Sacramento de la Reconciliación

Un grupo o equipo prepara y presenta en forma creativa: “El Sacramento de la Reconciliación” - cuál es nuestra realidad, respecto a él - que dificultad se nos presenta - cómo podemos solucionarlas - cómo preparar una buena confesión

Cristo vino para redimirnos del pecado. Por eso Juan Bautista junto a la ribera del Jordán, lo señala diciendo: “He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1, 29). Jesús mismo proclama “No he venido a llamar a justos, sino a pecadores” (Mt 9, 13). “No necesitan los sanos el médico, sino los enfermos” ... (Lc 5, 31)

Cristo vino a mostrarnos la misericordia y perdón del Padre; a reconciliarnos con él. Por amor a nosotros tomó sobre sus hombros nuestras culpas y derramó su sangre como propiación por nuestros pecados. Cada vez que celebramos la Eucaristía recordamos sus palabras: “Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros”; “Esta es mi sangre que será derramada por vosotros y por muchos, para el perdón de los pecados”. En este contexto vemos el sacramento de la confesión o de la reconciliación. En la perspectiva del don de la misericordia del Padre, manifestada en Cristo Jesús, y, también, correlativamente, de nuestra propia miseria y pecado.

Para hacernos más palpable su misericordia El Señor vino a redimirnos, a sacarnos de ese estado en que nos encontramos. Y para hacernos más fácil el arrepentimiento y la conversión, instituyó el sacramento de la reconciliación. Es decir, nos dejó un signo sensible y eficaz del perdón de nuestras culpas a través del sacerdote, que es su ministro. En la persona de su ministro, una y otra vez nos quiere decir que él nos perdona; que él derramó su sangre por nosotros; que nos quiere restituir en nuestra dignidad de hijos de Dios y miembros de su cuerpo, que es la Iglesia.

Relativismo moral

Hoy muchas veces se le llama al pecado simplemente “problema psicológico” o “error”. Hemos relativizado las normas morales: ya no existe el pecado, sino “diversas maneras de ver las cosas”. Se justifican hasta aberraciones como el aborto o la eutanasia. Pareciera que la voz de la conciencia se ha acallado... Y, sin embargo, el pecado existe, a pesar de que lo disculpemos, y le echemos tierra encima. Una y otra vez, la voz de la conciencia nos acusa. No reconocer nuestros pecados significa ser profundamente hipócritas. Significa conservar en nuestro interior un germen de corrupción; no sanarse ni liberarse; significa no restablecer los lazos de la fraternidad y la unidad con nuestro prójimo y los lazos de la filialidad con Dios. Significa mantener en nuestro ser y en nuestras relaciones el desorden. En otras palabras, significa permanecer en un estado de esclavitud.

Debiera ser natural pedir perdón. Pero, ¿por qué sigue resultándonos tan difícil reconocer el pecado y pedir perdón? De suyo, en nuestra vida cotidiana, ser perdonado y perdonar debiese ser un acto connatural: pide perdón el esposo o la esposa cuando la ofende; el hijo a sus padres cuando desobedece; el hombre de bien cuando fue injusto. Y, cuando se pide perdón se espera ser perdonado, y entonces se vuelve a experimentar el gozo y la paz de estar nuevamente en comunión con nuestros semejantes.

¿Por qué nos resulta difícil confesarnos?

A pesar de esto, ¿por qué nos continúa siendo tan difícil entrar en este “proceso de saneamiento” de nuestra alma? Las razones son muchas. Puede ser nuestra soberbia o falta de humildad; puede ser también el temor a que los demás vean nuestras miserias, porque pensamos que si éste es el caso, entonces, ya no nos van a estimar tanto y nos van a mirar en menos. Pero también podría ser que nuestra conciencia se haya deformado; que carezcamos de esa delicadeza que nos hace ver y sentir nuestro comportamiento como algo incorrecto. Como lo decíamos más arriba, consciente o inconscientemente, restamos toda importancia al pecado y nos dis-culpamos. Y, no en pocos casos, echamos a otros la culpa de lo cual en realidad somos nosotros responsables. El arrepentimiento supone vínculos personales. Ahora bien, si consideramos más de cerca el proceso del arrepentimiento y la conversión, éste supone que nuestras relaciones con los demás y, por cierto, también con Dios, son personales. Es decir, que existe un vínculo real con ellos. Porque nos arrepentimos y reconocemos nuestras faltas no sólo ante nosotros mismos, sino también ante los demás. Nos sentimos culpables frente a alguien, particularmente frente a alguien a quien amamos. El grado de culpabilidad y de dolor que sintamos por nuestras faltas está así determinado en gran parte por el grado y calidad del vínculo que cultivemos con los demás. Si nuestras relaciones son frías y funcionales, si los otros no significan mucho para nosotros, entonces difícilmente nos causará dolor haberlos ofendido.

Si Dios es para nosotros un ser lejano e impersonal, no sentiremos ante él culpabilidad ni dolor. Por lo tanto, afectivamente nos resulta sin mayor sentido el sacramento del perdón o la necesidad de reconciliarnos con este Dios “que no sentimos”. Porque, como dijimos, uno se sabe pecador o culpable sobre todo ante alguien a quien ama y que nos ama. La conciencia de pecado está estrechamente ligada a la calidad de la relación o de nuestros vínculos personales.

Una falsa imagen de Dios

Por otra parte, a la lejanía de Dios, en muchos casos se agrega el hecho que poseemos una falsa imagen o una imagen distorsionada de él: la de un dios tirano, de un policía estricto, que constantemente nos está controlando para castigarnos cuando “nos hemos portado mal”. Para comprender correctamente el sentido de la confesión es preciso rectificar esa imagen de Dios y tener ante nosotros su verdadera imagen, la de la revelación: la de Dios Padre, rico en misericordia; la del Hijo, que dio su vida por los pecadores; la del Espíritu Santo, que nos purifica y renueva con su gracia. Entonces sí que podremos abrirnos al sacramento del perdón y sentir la necesidad de reconciliarnos con ese Dios que tanto nos ama. ¿Por qué confesar nuestros pecados ante un sacerdote? Por último, las dificultades que podemos tener respecto a la confesión pueden surgir del hecho que nos debemos confesar ante una persona concreta, el sacerdote. La Iglesia es la depositaria del tesoro de la misericordia de Dios. Y el sacerdote, ministro de la Iglesia, es quién administra esta gracia. Dios otorga el perdón, pero lo hace a través de la meditación del sacerdote, el cual representa sacramentalmente a Jesús y es su instrumento.

¿Por qué tener que confesarle nuestras culpas a un ser humano que es tan pecador como nosotros? ¿Por qué no confesarnos directamente con Dios?

Quienes afirman confesarse “directamente con Dios”, no comprenden los caminos de Dios. Dios nos trata como seres de carne y hueso; como personas que necesitan de lo sensible y concreto. No somos ángeles; por eso, lo puramente espiritual no va con nuestra naturaleza. El quiere allanarnos el camino para hacernos sentir, de la forma más palpable posible, su voluntad de perdón y la magnitud de su misericordia. Cristo confiere al sacerdote este poder. No lo condiciona a la mayor o menor santidad de éste. Tal como, análogamente, un buen cirujano puede hacer una buena operación aunque moralmente su conciencia no esté en orden. En definitiva, es Cristo mismo quién escucha nuestra confesión y quién, a través de su instrumento sacerdotal, nos regala la reconciliación. Tendríamos que agregar que, desde el punto de vista meramente psicológico, ya tiene un gran valor poder “desahogar” ante alguien. No es esta perspectiva psicológica la que determina el sacramento, pero sin duda, este aspecto, de suyo secundario, constituye una realidad no carente de importancia.

El secreto de la confesión es absoluto

También podría constituir una dificultad para alguien el temor a que lo que confesamos pueda ser divulgado, o el que les desagrada tener que hacerlo ante un determinado sacerdote. Sin embargo, nadie debiese tener este temor. El secreto de la confesión es absoluto, y ningún sacerdote puede revelar ni directa ni indirectamente ese secreto. Por otra parte, el que nos desagrada tal o cual sacerdote debe hacernos recapacitar que él es sólo instrumento de Cristo y no actúa en nombre propio. Por lo demás, cada uno puede elegir a quien más le parezca como confesor. En esto existe plena libertad.

Saber hacer un buen examen de conciencia.

Una última dificultad en relación a la confesión podría ser que nos resulta difícil encontrar de qué confesarnos, porque no sabemos hacer un examen de conciencia o porque pensamos que no tenemos pecados. Cuando niños quizás tuvimos la experiencia de confesarnos sin experimentar grandes cambios. Quizás la confesión llegó a convertirse para nosotros en algo rutinario: siempre nos confesamos de lo mismo... De hecho, nuestra debilidad nos acompañará siempre. Eso implica que, a pesar de nuestros buenos deseos, volvamos a caer. Pero Dios está con nosotros en nuestras luchas y esfuerzos. El sacerdote nos ayuda a encontrarnos con el perdón de Dios en el signo sacramental, a asumir nuestra culpa y a experimentar la misericordia liberándonos de cadenas que nos impiden ser nosotros mismos. Ahora bien, siendo posible y común esta reiteración de nuestros pecados, sería también necesario destacar la conveniencia de trabajar seriamente en nuestra autoformación, ojala con la ayuda de un confesor permanente. Esto nos permitirá bajar a la raíz de nuestras dificultades y también establecer una lucha orgánica y progresiva contra nuestras faltas. Mucho ayudará, también, el hacer cada día un examen de conciencia y anotar en nuestro cuaderno personal aquellas faltas que más tarde quisiéramos confesar sacramentalmente.

4- Confesión Regular con un confesor fijo en la Militancia

A los medios ascéticos que ofrece el sistema de autoformación schoenstattiano pertenece también entregar mensualmente a un confesor estable, sea personalmente o por escrito, nuestra cuenta de conciencia. Esta "cuenta de conciencia" es nuestro "balance" del mes. Esto supone que hacemos una "renovación mensual" o pequeño retiro o revisión de vida mensual, en la que consideramos el paso de Dios por nuestra vida a la luz de la fe práctica. Nos preguntamos por los regalos de Dios que hemos recibido y también por nuestras faltas o caídas. Examinamos especialmente la lucha por nuestro propósito particular y el cumplimiento de nuestro horario espiritual.

Junto a esto está la recomendación de acudir regularmente a al sacramento de la reconciliación con un confesor estable (en general, cada mes o cada dos meses). Así como la Iglesia asegura que los fieles acudan a la celebración del sacramento de la eucaristía los domingos y fiestas de guardar y a confesarse al menos una vez al año, así también se entiende que Schoenstatt recomiende para alguien que aspira a vivir un cristianismo de mayor compromiso apostólico, acudir a la recepción del sacramento de la reconciliación en forma más asidua y regular.

Se pide un confesor estable en la medida de lo posible. ¿Cuál es el sentido de esto?, que pueda "seguirnos la pista", que pueda ayudarnos en un camino de autoeducación con un mayor y mejor conocimiento. Da igual que creamos que son los mismos pecados. Y si nos da vergüenza hacerlo con un sacerdote cercano, hay crecer en la fe en que es un ministro de la misericordia de Dios, y que jamás un acto de confianza como la confesión puede decepcionar o alejar, al contrario.

El motivo de la confesión frecuente, más allá de lo que significa en sí mismo recibir el perdón sacramental de nuestros pecados, es que **una vida espiritual más profunda** nos lleva a descubrir también con mayor hondura las faltas y pecados que cometemos. Ello mismo nos mueve a acercarnos más al Señor para pedirle perdón y recibir su gracia a fin de continuar nuestro camino de santificación. Arrepentirnos de lo que hemos pecado por omisión o por hechos concretos, significa volvernos filialmente al Dios de misericordia y retomar nuestros ideales y propósitos.

Muchos se quejan de que "no saben de qué confesarse" o bien, que siempre se confiesan "de lo mismo". Es posible que ello se deba justamente a que no han asumido un camino de autoformación eficaz. Entonces la delicadeza de conciencia está aletargada y sólo es capaz de percibir los pecados graves, pero no los pecados leves o faltas de delicadeza con Dios. El P. Kentenich distingue en este sentido la "culpa ascética" y la "culpa moral". La primera se refiere precisamente a aquello que sin ser un pecado grave no corresponde al ideal, al comportamiento de alguien que se sabe regalado en forma especial por Dios y que está llamado a cultivar una relación de amistad más estrecha con él.

Si realizamos la oración o revisión del día diariamente, si trabajamos con la ayuda del examen particular y del horario espiritual, si hacemos la revisión o retiro mensual, entonces no nos faltará "materia" para nuestra confesión. Nuestras anotaciones en el cuaderno personal pueden ser una buena "ayuda memoria" para ello.

Al realizar la revisión mensual, normalmente tendremos claridad sobre qué cosas tenemos que pedirle perdón al Señor. Además de ello, podemos servirnos de un cuestionario o examen de conciencia que hayamos preparado anteriormente. Muchos se valen, para prepararse a la confesión, de los 10 mandamientos y se examinan de acuerdo a estos.

Si nos encontramos, sin embargo, en un camino de autoformación como el que Schoenstatt ofrece, es aconsejable elaborar nuestro propio decálogo. Es decir, podemos elaborar un "cuestionario" sobre la base del Ideal Personal, y /o Ideal Matrimonial y de lo que éste nos señala.

5- Compartir los ecos que despierta este tema. Resumir.

Se puede terminar con este breve video del Papa Francisco hablando de la confesión
<https://www.youtube.com/watch?v=aJHoLdecDso> (4 Minutos)

5- Oración Final y Propósito.

